

dificultad para evaluar el caso Döllinger —y esto quizás sea solo un ejemplo de una dificultad incrustada en la condición humana— es el hecho que el Concilio Vaticano, Pío IX y los otros padres conciliares, probablemente pensaron que ellos también actuaban de acuerdo con la conciencia y en el más alto interés de la verdad religiosa. En su tiempo, Newman describió la situación de Döllinger como «trágica». La retrospectiva histórica corrobora el juicio de Newman, incluso le agrega nuevas dimensiones. Si bien los teólogos e historiadores actuales, han debatido incesantemente si el Concilio Vaticano II representó discontinuidad o continuidad en la historia del catolicismo, prácticamente todos están de acuerdo en que el tratamiento previo del papado por el Vaticano I, fue unilateral, provisional o distorsionado y sólo debe entenderse correctamente a la luz de la visión proporcionada por el Vaticano II. Como señala el autor al final de la obra: «Döllinger poseía muchos dones, la clarividencia no era uno de ellos. No pudo recurrir a *Lumen Gentium*, y, por lo tanto, no tuvo más remedio que reaccionar ante la uniteralidad que sentía que había presentado *Pastor aeternus*. Perteneecía a una generación desafortunada, que oscilaba entre el viejo y el nuevo mundo, un mundo plagado de falsas elecciones y una retórica intransigente, a la que él y sus críticos ultramontanos contribuyeron. Esto dio como resultado que la Iglesia excomulgara a uno de sus eruditos más consumados y que Döllinger viviera las últimas décadas de su larga vida en el desamparado exilio de la Iglesia a la que amaba y había prometido servir» (p. 228).

RICARDO MIGUEL MAUTI
ricardomauti@uca.edu.ar

Ramón Solans, Francisco Javier. *Más allá de los Andes. Los orígenes ultramontanos de una Iglesia latinoamericana (1851-1910)*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2020, 303 pp. ISBN: 9788413191102.

Un libro necesario, muy bien documentado y mejor contextualizado. No son muchos los autores españoles que de manera inteligente y a la vez decidida entregan sus esfuerzos a la causa de la Iglesia de América Latina. Ramón Solans lo hace en el marco general de un proyecto ideado en torno al *The Palgrave Dictionary of Transnational History* (2009), donde explícitamente se afirma, que la religión es “parte integral de los cambios globales experimentados durante el siglo XIX” (p. 19). *Más allá de los Andes* es, por otra parte, el fruto de cuatro años de trabajo dentro del proyecto C2-26: *El ultramontanismo como un fenómeno transnacional y transatlántico, 1818-1918*, dirigido por el profesor Olaf Blaschke en el Clúster de excelencia *Religion und Politik* de la WWU de Munster.

Aunque nuestro autor no aluda a él más que en una ocasión, concretamente en las Conclusiones (p. 276), este libro viene a ser como una suave contestación y puesta al día del libro que en el año 2012 publicara el americanista John Lynch:

A religious history of Latin America, Lynch, defendía, entre otras cosas, que la jerarquía latinoamericana actuó como «una élite inerte e incomunicada» (p. 276). Nuestro autor afirma, defiende y demuestra todo lo contrario.

Tras una breve introducción en la que se presenta la reanimación y revitalización del ultramontanismo tanto en Europa como en América, como respuesta de la Iglesia católica de Roma frente a la Revolución francesa y como la manera más efectiva y también más afectiva de luchar por su independencia frente a los nuevos estados liberales. Un esfuerzo cuyo resultado, véanse las conclusiones de este libro, será la construcción, primero, y la consolidación, más tarde, de la Iglesia católica a comienzos del siglo XX como una realidad dinámica, homogénea, universal, poderosa y con rasgos muy definidos y concretos y sumamente identificada con el Papa y con todo lo que sale y se decide desde Roma. El libro, frente a otras lecturas e interpretaciones, tiene como objetivo: la consolidación del ultramontanismo en Latinoamérica (p. 17).

Desde luego y en este punto tan particular del ultramontanismo, aunque tampoco es citado John Lynch, este defendió que el triunfo del ultramontanismo en la más adelante llamada América latina fue fruto tanto de la singular independencia de la América española como de la formación y constitución de las jóvenes repúblicas que nacieron de ella. Los herederos del Imperio español, los nuevos gobernantes criollos de estas nuevas repúblicas, quisieron administrar en la línea más pura del Patronato regio español los intereses de las nuevas iglesias en sus respectivas repúblicas. Algo a lo que los muy conocidos papas ultramontanos, León XII y Gregorio XVI, se opusieron frontalmente. En línea con su política de recuperación de la independencia de Roma frente al nuevo poder liberal que por entonces se estaba fraguando, estos dos pontífices y sobre todo su común sucesor, Pío IX, el papa de América Latina, en acertada expresión de Roger Aubert, apostaron por separarse y olvidarse de las pesadas prácticas del antiguo Patronato español y de esta manera marcar los nuevos rumbos de la Iglesia de Roma en todo un continente; continente que se quería administrar, por encima de las nuevas repúblicas, como un todo y en el que se acabarían aplicando estrategias comunes, dado que sus nuevas Iglesias y repúblicas partían y tenían una lengua, un origen y una fe comunes.

Más allá de los Andes. Los orígenes ultramontanos de una Iglesia latinoamericana (1851-1910), se estructura en torno a dos ejes: la presentación de diversos actores, en palabras de Ramón Solans, transnacionales y la consolidación de una serie de obras institucionales y no institucionales de marcado peso, relevancia y signo, también, transnacional. Entre esos primeros actores, cabe contar con un nutrido y muy activo grupo de sacerdotes, provenientes mayoritariamente del cono sur de la América latina; por lo tanto, de las jóvenes repúblicas más desarrolladas y dinámicas, Chile, Argentina y Uruguay. Entre las segundas, un conjunto de proyectos con una vocación claramente universal, siempre en total sintonía con Roma: un centro de formación sacerdotal de alto nivel académico e institucional en Roma y con el paso del tiempo un encuentro internacional

de todos los obispos hispanoamericanos en la Roma de 1899 con ocasión de la celebración del Concilio Plenario Latinoamericano.

Del amplio elenco de los sacerdotes transnacionales que desfilan a lo largo y ancho de este libro, destacamos por su trascendencia, por su capacidad de servicio y por su ubicuidad al vivir prácticamente entre Europa y América, sirviendo a Roma y a sus Iglesias de origen, a cuatro sacerdotes: al chileno José Ignacio Víctor Eyzaguirre (1817-1874), alma y en la práctica fundador del Colegio Pio Latinoamericano de Roma, inaugurado en el mes de noviembre de 1858; al uruguayo, Mariano Soler, finalmente arzobispo de Montevideo, y refundador en la década de los noventa de dicho Colegio; a los también chilenos, Mariano Casanova, figura clave en el desarrollo del Concilio Plenario de 1899 y, Ramón Ángel Jara, el nuevo Demóstenes americano, más adelante obispo de Ancud.

De manera pausada, metódica y muy bien documentada, siempre en torno a estos dos ejes, se nos va presentado el devenir de la Iglesia católica hispanoamericana dentro del marco general de ultramontanismo romano. La trayectoria de Eyzaguirre ocupa los capítulos segundo (pp. 51-68) y tercero (pp. 69-92). Es presentado como autor, entre otras obras, de: *Los intereses católicos en América*, texto clave para conocer desde dentro los problemas sufridos por las nuevas Iglesias tras la independencia de sus respectivas repúblicas del Imperio español y como encargado por Pío IX de poner en marcha el Colegio Seminario inaugurado en Roma en 1858. Un centro, dentro de la política centralizadora romana, para que en él se formasen al más puro estilo romano, sin perder, a su vez, sus esencias hispanoamericanas americanas, lo mejor de la juventud levítica de la América española, para una vez ordenados sacerdotes y vueltos a sus repúblicas como sacerdotes y doctores, ayudar a sus iglesias en la línea de gobierno impulsada por Roma (p. 61) y de esta manera «uniformar en lo posible las opiniones y la disciplina del clero en ambas Américas» (p. 62).

La presentación de los otros tres sacerdotes transnacionales está mucho más diluida. Del uruguayo, Mariano Soler, finalmente arzobispo de Montevideo, se destaca su facundia, versatilidad, capacidad de emprendimiento, puestas de manifiesto en la refundación a lo largo de la década de 1890 del Colegio Pio Latinoamericano, amén de su descubrimiento pastoral de la Biblia, de Tierra Santa y sobre todo la revalorización de la obra de evangelización de España y de los españoles en el continente americano. Soler será uno de los impulsores de la canonización de Cristóbal Colón y sobre todo punto de unión y clave de bóveda de los episcopados de Uruguay, Chile y Argentina. Del chileno Mariano Casanova, el gran arzobispo de Santiago de Chile, se presentan su trayectoria desde que fue nombrado vicario general de Concepción y su liderazgo entre los eclesiásticos chilenos y no menos entre los argentinos, así como su ascendiente ante los políticos de ambas naciones para conseguir con la ayuda de la diplomacia vaticana la finalización de los litigios fronterizos y poner fin a las amenazas de guerra entre Chile y Argentina. Del que será obispo de Ancud, Ramón Ángel Jara, se destaca su proyección como predicador a lo largo y ancho del cono sur, así como su defensa de la persona y de la política de los papas de su tiempo.

Conocidos los nuevos representantes del nuevo clero americano, Ramón Solans nos presenta sus dos grandes realizaciones. La primera, el Colegio Seminario, más adelante el Colegio Pio Latinoamericano para la formación de sacerdotes americanos en Roma. Con su apertura pretendía, por una parte, asegurar al mismo tiempo la romanización y la americanización del nuevo clero americano y, por otra, «la reevangelización de América y la unión de los pueblos americanos bajo el principio rector del catolicismo», (p. 79), así como la creación de nuevos canales de comunicación entre la Santa Sede y América, que pusiesen los intereses de Roma en tierras americanas y las aspiraciones y peculiaridades de Latinoamérica en la capital de la Iglesia. El Colegio se inauguró el 21 de noviembre de 1858. 17 fueron sus primeros estudiantes: 10 argentinos, seis colombianos y un peruano. Sus mayores problemas fueron los económicos. Muy pronto quedó claro que los gastos de los seminaristas serían financiados por sus respectivos obispos y no menos que cuantos estudiaran en Roma se comprometían a volver a sus diócesis y a pagar 100 escudos por su matrícula. Los candidatos a formarse en Roma tendrían que ser mayores de 18 años, hijos de familia honesta y civil con clara vocación eclesiástica, con buen manejo de la lengua latina y castellana (p. 85). Los primeros años fueron muy difíciles. A los consabidos problemas económicos se les sumaron problemas de adaptación y de un cierto fracaso en el capítulo académico, lo cual se tradujo en graves problemas de indisciplina y en no pocas frustraciones. Todo ello hizo, por ejemplo, que de los 10 primeros seminaristas argentinos solo se ordenaran cuatro.

La segunda gran realización será la celebración en este mismo Colegio el año 1899 del Concilio Plenario Latinoamericano. Sus promotores fueron los arzobispos de Santiago de Chile, Rafael Valentín Valdivieso y Mariano Casanova. Se inspiraron, sin duda, en el Concilio que los obispos de los Estados Unidos celebraron en 1852 en Baltimore y en la constante preocupación del papa León XIII por esta iglesia, manifestada en la publicación en 1892 de la encíclica *Quarto abeunte saeculo*, en la que se conmemoraba el IV centenario del descubrimiento americano y de la Carta apostólica en 1897 *Trans oceanum* «sobre algunos privilegios de América latina» y sobre la importancia de su evangelización. Su celebración estuvo precedida por la casi refundación, como ya se ha dicho, por el sacerdote uruguayo, Mariano Soler, del Colegio Pio Latino. Con su celebración, siguiendo el modo de proceder y de pensar que a nivel universal imperaba en Roma, se pretendía reforzar la unidad del episcopado americano, así como ofrecerle a esta Iglesia instrumentos básicos para enfrentarse con posibilidades de éxito a sus grandes enemigos: el regalismo, la masonería y el liberalismo. Tras muchas dudas sobre el lugar de su celebración, finalmente se celebró en Roma. Comenzaba el 28 de mayo y se clausuraba el 9 de julio de 1899. Frutos indirectos de su celebración fueron el fortalecimiento, también desde el punto de vista económico, del Colegio Pio Latino (241-242), la construcción de algunos monumentos tan significativos como: el templo *Hortus Conclusus* en Palestina, financiado por Argentina y Uruguay; la erección del monumento al Cristo de los Andes entre Argentina y Chile para conmemorar la paz entre ambas naciones (p. 242 y pp. 247-249). Los 53

obispos que a él asistieron, además de conocerse mejor, apostaron por un trabajo de manera común en la evangelización y se convencieron, dentro de su propia concepción práctica del ultramontanismo americano, de hacer cuanto estuviera en sus manos para reorientar la política de las nuevas repúblicas y para no descuidar la presencia amable y efectiva de la Iglesia cerca de los gobernantes y de las personas y grupos influyentes, independientemente de dónde procediesen. Era la única manera de garantizar con el progreso de los pueblos el influjo de la Iglesia.

Alcanzar al mismo tiempo un objetivo tan vasto y tan concreto supuso, por una parte, vincularse hasta la emoción y sacrificio personal con la persona del papa y con todo lo que salía de sus labios y corazón y, por otra, armar a lo ancho y largo del Continente una red de asociaciones, círculos de obreros, centros superiores de estudios, sin olvidarse de la prensa y de los medios de comunicación. En esta empresa los eclesiásticos, aunque al más puro estilo ultramontano, lo dirigieron todo desde arriba, pero no estuvieron solos. Supieron ganarse el afecto de las clases burguesas y también populares. El resultado será el nacimiento de una Iglesia transnacional, en la que sus elementos iniciales y comunes, como fueron una misma lengua, un mismo origen, unas mismas costumbres y una misma religión, no solamente se reforzaron, sino que, alejándose de las modas provenientes de Norte América, buscaron sus señas de identidad en la cultura latina que España y Portugal llevaron cuando el nuevo continente comenzaba a ser evangelizado.

En suma, nos encontramos ante un texto que merece ser leído y considerado. Ojalá sea el primero de una larga serie en el que de manera científica y al mismo tiempo afable se pongan en contacto las Iglesias de las nuevas repúblicas hispanoamericanas con Roma y no menos con España.

ALFREDO VERDOY, SJ
averdoy@comillas.edu
Universidad Pontificia Comillas